

5. Formación docente e identidad profesional

MARÍA DE LA LUZ BANDERAS MAYA*

ANA LILIA VERA GONZAGA**

EDITH VENCES SÁNCHEZ***

PERLA YESICA BOBADILLA GARCÍA****

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.316.05>

Resumen

La formación docente en México ha experimentado transformaciones significativas que quedan plasmadas en cada reforma educativa. Actualmente, con la implementación del modelo educativo de la Nueva Escuela Mexicana (NEM), la formación se aboca a reorientar los principios pedagógicos para atender las necesidades del contexto actual, atendiendo al sujeto social como persona, integrante de una familia y, prospectivamente, como ciudadano capaz de transformar su realidad visualizando un beneficio común para su entorno.

Formar docentes implica fortalecer las habilidades de investigación, de reflexión, de pensamiento crítico y, dicho sea de paso, con un corte humanista, el cual será el motor generador de compromiso social con el que el nuevo docente deberá llevar a cabo su práctica con fines de transformación social

Palabras clave: *formación docente, identidad, educación, transformación, consciencia, social.*

* Maestra en orientación educativa y asesoría profesional. Docente de educación superior de tiempo completo en la Escuela Normal de Santiago Tlanguistenco, México. Correo electrónico: luzmaban.6825@gmail.com

** Doctora en educación. Docente de tiempo completo en la Escuela Normal de Santiago Tlanguistenco, México.

*** Maestra en educación. Docente en la Escuela Normal de Santiago Tlanguistenco, México.

**** Maestra en ciencias de la educación. Catedrática en la Escuela Normal de Santiago Tlanguistenco, México.

Introducción

En este capítulo se abordará cómo la formación docente contribuye a la construcción de la identidad profesional desde la perspectiva de la Nueva Escuela Mexicana y la educación superior, puntualizando que la identidad profesional del docente es un constructo complejo y dinámico que se forma en el cruce entre la dimensión personal y la dimensión institucional.

En la formación docente, esta identidad no se refiere únicamente a la adquisición de habilidades técnicas, sino a la forma en que el docente construye su rol dentro de un contexto social, cultural e histórico determinado. Según Pierre Honoré, la identidad profesional es un proceso en constante evolución que implica tanto un desarrollo individual como una interacción con el entorno profesional y las expectativas sociales.

En el documento se explican conceptos sobre formación docente e identidad profesional, necesarios para explicar y proponer tres aspectos importantes para la formación de la identidad profesional en la Escuela Normal de Santiago Tianguistenco, con la posibilidad de ser considerada en cualquier institución formadora de docentes.

La Nueva Escuela Mexicana (NEM), lanzada en 2019 como parte de la reforma educativa, propone construir un modelo educativo centrado en la equidad, la inclusión, el respeto a la diversidad cultural y el desarrollo integral del alumno. En este contexto, se reconoce que el docente no es un mero transmisor de conocimientos, sino un agente de cambio social y promotor de la transformación educativa. La NEM subraya la importancia de que los docentes tengan una identidad profesional coherente con los valores promovidos por este nuevo modelo. Estos valores incluyen el compromiso con la comunidad, el respeto a la diversidad lingüística y cultural y el fomento de una ciudadanía democrática, por lo que los docentes deben ser capaces de integrar estos principios en su práctica diaria, lo cual requiere una identidad profesional flexible y adaptativa.

Entre los aspectos que impulsa la NEM en relación con la identidad profesional del docente destacan:

- Conciencia crítica y reflexiva. El docente debe ser capaz de reflexionar sobre su práctica y su papel en la sociedad, promoviendo una

educación crítica que cuestione las estructuras de poder y fomente la justicia social.

- Compromiso ético y social. El rol del docente en la NEM no se limita al aula, sino que se extiende a la comunidad. Los maestros deben promover valores como la equidad, la solidaridad y el respeto mutuo, tanto en el entorno escolar como en el social.
- Identidad pluricultural. En un país tan diverso como México, la identidad profesional de los docentes debe integrar el respeto y la valoración de la diversidad cultural y lingüística de sus alumnos, lo que implica un acercamiento intercultural en sus prácticas pedagógicas.

Otro aspecto que puntualiza la NEM es la formación docente y construcción de la identidad profesional, entendida como un proceso continuo que se inicia durante la formación inicial y se extiende a lo largo de toda la carrera profesional, reforzándose a través de la formación continua. En el contexto de la educación superior, las instituciones formadoras de docentes tienen la responsabilidad de proporcionar las herramientas necesarias para que los futuros maestros desarrollen una conciencia crítica y una identidad que les permita desempeñar su rol con compromiso y autonomía.

Desarrollo

Considerando lo anterior, el problema en cuestión es: ¿cómo fomentar la identidad profesional a partir del proceso de la formación docente en la Escuela Normal de Santiago Tianguistenco?

“Reflexionar sobre la enseñanza para el docente crítico-reflexivo supone fuertes dilemas y procesos de deliberación, no es tan sólo pensar en medios para lograr fines que no se cuestionan” (Domingo, 2013, p. 82). La formación de docentes bajo este paradigma no es sencilla, sobre todo si el formador no ha alcanzado el nivel de criticidad y reflexión hacia su propia práctica. Entonces, ¿qué es la formación docente? ¿Por qué es importante que el formador se reconozca como formador de docentes para lograr un nivel de criticidad y reflexión sobre la propia práctica? ¿Qué es la iden-

tividad profesional? ¿Cómo contribuir a lograr la identidad profesional de un docente en formación? Las respuestas obedecerán a cada docente desde su trayectoria profesional, a su historia personal y profesional, así como a su experiencia, pero sobre todo al reconocimiento de por qué es formador y qué circunstancias personales, familiares y económicas incidieron para que tomara la decisión de ser docente; no obstante, es algo que no pudiera tener tanta importancia como el que no haya gusto, ni voluntad por el hacer docente, pues resulta incongruente ser parte del proceso formativo cuando no se tiene el gusto ni la motivación para servir profesionalmente, para ser facilitador del conocimiento, para hacer acompañamiento a un estudiante y para reconocerse y valorarse como docente.

A continuación se establecen conceptos sobre la formación docente e identidad profesional.

Honoré, conceptualiza a la formación como una experiencia relacional del intercambio (experiencia de intercambio en y por la relación). La experiencia de formación está basada sobre una práctica relacional con personas; la relación sirve de soporte a un proceso de intercambio, cualquiera que sea la manera en que se considere su sentido y su desarrollo. Este autor explica la formación como un aspecto humano del fenómeno evolutivo en el que en parte busca descubrir todos los elementos que favorecen la comprensión del movimiento por el cual el hombre está en el mundo, tiene un punto de vista sobre el mundo, elabora un proyecto y se compromete a hacer referencia a la formación como [...] “función humana de la evolución”, pero de una evolución orientada de acuerdo con ciertos fines que tanto el individuo como la colectividad de la que forma parte han considerado relevantes, por su posibilidad de aportar al desarrollo de las diversas potencialidades del ser. (Honoré, 1980, p. 165)

La formación como acto de formar hace alusión a una acción humana, a una evolución natural, conducida, en este caso, al proceso educativo, en el sentido de desarrollarse, esto es, en transformar el entorno para transformarse a sí mismo. Lo anterior se ejemplifica con la famosa frase de John Dewey: “La educación no es preparación para la vida, es vida”. Nos encontramos con que en el proceso de formar docentes autónomos es necesario que se visualicen a sí mismos como docentes y no únicamente como estudiantes. Cabe destacar la importancia de desvanecer la separación entre

conocimiento teórico y conocimiento práctico, así como propiciar la disociación entre una disciplina y otra, dando paso a la transdisciplinariedad. Con base en un pensamiento complejo se logrará influir en la vida de los docentes en formación, quienes serán capaces de movilizar estos saberes en cualquier contexto personal o profesional en el que se encuentren.

Entonces, formar a un niño, a un joven, a un adulto, no sólo es llenarle la mochila de contenidos, metodologías y conceptos, sino también hacerlo portador de miradas, preguntas, enfoques que prioricen el análisis en tanto actividad que permite generar entendimiento, construir significados, más allá de que esto redunde necesariamente en un saber cómo.

Si pensamos la formación desde esta clave, es posible observar de qué manera a veces la formación está operando como un trayecto prefijado que sólo requiere de determinado cumplimiento, donde no hay lugar para interrumpir lo que se viene haciendo, para volver a mirar lo ya conocido. (Nicastro, 2012, p. 52)

En el contexto de los docentes en formación de las escuelas normales, el proceso formativo inicia cuando ingresan a la institución, asumen el compromiso de respetar la normatividad e inician un proceso académico, dirigido por un plan de estudios que sustenta una malla curricular que cada estudiante comienza desde un primer semestre con el propósito de aprobar los programas correspondientes para obtener los créditos y así acumularlos para cursar un segundo semestre, siempre y cuando se concluya de manera satisfactoria cada uno de los programas y, así sucesivamente, hasta llegar al octavo semestre. Cabe puntualizar que la columna vertebral de este proceso formativo de los estudiantes normalistas es la realización de las actividades de acercamiento a la práctica en condiciones reales de trabajo docente.

Hay diferentes escenarios que enfrenta el docente en formación. Uno importante es la escuela normal y otro no menos importante son las escuelas de práctica. En ambos contextos los estudiantes normalistas hacen evidentes sus conocimientos adquiridos, interactúan con diferentes actores del proceso educativo: directivos escolares, docentes titulares de grupos, orientadores y/o prefectos, padres de familia, personal administrativo y de inten-

dencia, pero, sobre todo, lleva su planificación en la que diseña estrategias para trabajar frente a un grupo de estudiantes de educación básica, con los que interactúa y contribuye al proceso educativo.

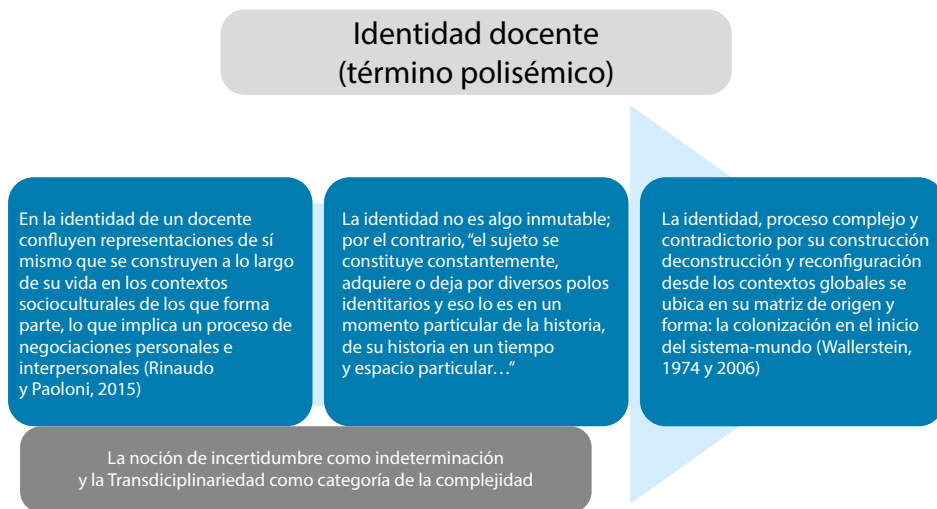
Lo anterior se traduce en el proceso formativo, cuando el docente en formación se da cuenta de que se ha apropiado de conocimientos y también ha hecho evidente su calidad humana y profesional, a medida que existe comparación desde que concluyó un primer semestre y avanzó a un quinto o a un octavo y su desenvolvimiento definitivamente no es el mismo de cuando inició su formación.

La educación superior, a su vez, desempeña un papel central en la formación inicial de los futuros docentes, quienes no sólo deben adquirir conocimientos teórico-pedagógicos, sino también desarrollar una identidad profesional sólida que los prepare para enfrentar los retos de un sistema educativo cada vez más complejo.

Otro término, que complementa al de la formación docente es la identidad profesional, término polisémico, que se refiere a un proceso complejo y contradictorio por su construcción deconstrucción y reconfiguración desde los contextos locales, se ubica en su matriz de origen y forma: la colonización en el inicio del sistema-mundo (Wallerstein, desde Osorio 2015, p. 1).

Porque los procesos de identidad están inmersos en la realidad del mundo global, incierto, caótico y los recortes realizados a través de los instrumentos aplicados, uno de ellos que realizan los docentes en formación es el diario del profesor, los registros, aportan resultados con los cuales no podemos ni es la pretensión, asegurar la direccionalidad de la identidad desde procesos lineales, pero si fortalecen el desempeño, cuando se reflexiona a través de un análisis en el grupo.

La identidad no es algo inmutable. Por el contrario, “el sujeto se constituye constantemente, adquiere o deja por diversos polos identitarios y eso lo es en un momento particular de la historia, de su historia en un tiempo y espacio particular...” (Navarrete-Cazales, Zaira, 2022, p. 467).

Figura 1. *Aportaciones conceptuales sobre identidad docente*

Fuente: elaboración propia.

En una escuela secundaria técnica, ubicada en un municipio del Estado de México, el director se comunica con sus docentes para realizar actividades que como escuela “sede” le corresponden. Se auxilia de los profesores y a cada uno le designa una tarea. La participación de los profesores ayuda a que la escuela tenga organización y que los resultados de los proyectos sean satisfactorios.

Es importante que los directivos, por ser figuras importantes de la escuela, promuevan la motivación en los docentes. Esto ayuda a que los profesores se esfuercen por ser mejores y crezcan día con día, pues cuando alguien está motivado y su esfuerzo es valorado, transmite las ganas de trabajar y hacer las cosas correctamente.

Si un docente es reconocido por sus directivos llegará al salón de clases con entusiasmo, con buena vibra y con ganas de trabajar. Los alumnos observan las actitudes, se dan cuenta de que su docente va con toda la disposición, se esfuerza por aprender y entregar los trabajos. Así se obtienen buenos resultados académicos.

El principal factor para lograr lo anterior es la comunicación fluida entre directivos y docentes, así también con las demás personas que realizan

una función en el interior de la escuela. Esto propicia una buena organización para el trabajo, el ambiente laboral es favorable para todos en la escuela, a todos nos incluyen en las diversas actividades, como practicantes nos sentimos comprometidos y aliados con los docentes, caminamos a la par. Nuestra identidad profesional impacta cuando nos identificamos con cada persona en la escuela (Flores, 2023, informe de prácticas).

Es importante que el formador de docentes se reconozca como tal, para lograr un nivel de criticidad y reflexión sobre su práctica.

Las interacciones entre estos factores permiten generar una identidad que puede llamarse “lo nuestro”, es decir, la configuración de un reconocimiento y unas características conforme a lo que ha de entenderse como identidad profesional docente, porque ha estado inmerso en un periodo evolutivo propio, con un pasado y un futuro, con un conjunto de significaciones y representaciones que son relativamente permanentes y que le son propias, teniendo en cuenta que para identificarse hay que comunicarse, transmitir mensajes y hacerse identificar por determinados conjuntos sociales (Costa, 1993).

La experiencia personal constituye el trasfondo personal y las primeras experiencias educativas son fundamentales en la configuración de la identidad docente, la cual se va fortaleciendo a partir de que el docente en formación se siente parte del contexto, se ve desempeñando un rol que le ha sido delegado por las personas que son parte del contexto, un rol valorado por la función que desempeña y por la importancia del trabajo que realiza con los estudiantes y con la escuela.

En este marco, la identidad profesional del docente es uno de los pilares fundamentales, ya que se reconoce que el profesor desempeña un papel clave en la transformación de las prácticas educativas y en la promoción de valores éticos, democráticos y pluriculturales.

Durante los procesos de configuración de identidad de un docente confluyen representaciones de sí mismos que las personas construyen a lo largo de sus vidas en los contextos socioculturales de los que forman parte; lo que implica un proceso de negociaciones personales e interpersonales que tienen lugar en el marco de sistemas de significados, prácticas y estructuras

que regulan su continuo desarrollo en diferentes momentos históricos y en espacios diferenciados ya que no tiene una representación única (Rinaudo y Paoloni, 2021).

Entonces la formación inicial de los docentes, la identidad profesional, se va construyendo a través de la interacción de tres elementos clave: el saber disciplinar, obtenido desde el plan de estudios con el que se está formando el estudiante normalista; el saber pedagógico, desarrollado a partir del diseño de estrategias y metodología didáctica expuesta en un grupo de estudiantes a partir de una planificación didáctica, y la experiencia originada de la práctica, vivencias obtenidas en las escuelas a partir de la interacción con todos los actores de la población escolar.

Honoré (1980) destaca que las trayectorias personales y las memorias de la escolarización influyen profundamente en la forma en los futuros docentes perciben su rol. Desde esta perspectiva, cada persona llega a la formación docente con una “preidentidad” influida por su historia de vida y sus primeras interacciones con la figura del maestro. Pierre Honoré define la identidad profesional como un equilibrio entre las expectativas sociales, las demandas institucionales y la subjetividad del individuo, lo que implica que cada docente construye su identidad en interacción con el contexto y los actores que lo rodean; este proceso de construcción identitaria es complejo y no lineal, ya que se ve afectado por las dinámicas del sistema educativo, las experiencias personales y las prácticas profesionales, y pone énfasis en la importancia de los espacios de reflexión crítica en la formación inicial. Estos espacios permiten a los estudiantes normalistas analizar sus creencias, confrontar sus expectativas y desarrollar una mayor conciencia de sí mismos como profesionales. La reflexión no sólo ayuda a construir una identidad sólida, sino que también promueve una actitud crítica hacia las prácticas educativas y el sistema en el que se insertan. (p. 55)

En este proceso, las instituciones de educación superior juegan un papel fundamental; por ejemplo, las escuelas normales, donde el proceso formativo de los futuros docentes se desarrolla a partir de tres aspectos específicos, que se han explicado con los aportes teóricos y conceptos expuestos anteriormente. No obstante, se explican en situaciones suscitadas en el contexto de los docentes en formación. Los aspectos son los siguientes.

La organización escolar, es un aspecto que determina el desarrollo de la malla curricular de los planes de estudio, la toma de decisiones para seleccionar a los docentes que tendrán que desarrollar cada programa, aplicando criterios como el perfil profesional, la trayectoria académica en el proceso formativo, es decir, la experiencia de trabajo con grupos en instituciones educativas, la actitud y el compromiso para el trabajo docente de manera colaborativa y con la institución, el índice de reprobación y los antecedentes de problemas actitudinales y profesionales que hayan tenido. Este aspecto es muy importante, porque todos los docentes, empezando por las autoridades escolares, tendríamos que aplicar criterios con base en las necesidades, no con base en relaciones de amistad o recomendaciones. Esta parte implica un riesgo que finalmente impactará en el proceso académico, en la imagen de los docentes y, sobre todo, en la imagen institucional. Está por demás decir que cuando un estudiante ve truncada su formación por diversos aspectos, su justificación la hace saber en contextos sociales inmediatos, que afectan esa identidad para los estudiantes que siguen en la escuela normal, en este caso.

También es importante la valoración del trabajo de los docentes, de manera ecuaníme y justa; se supone que todos los docentes en una institución educativa cuentan con las mejores capacidades y los mejores conocimientos para desarrollarse en un nivel superior; sin embargo, algo sucede cuando las actitudes de los docentes cambian y se sienten desmotivados porque sus condiciones laborales siguen siendo las mismas durante varios ciclos consecutivos. Esta es una situación que afecta la actitud personal, profesional y laboral y que impacta en el proceso formativo de los estudiantes.

Lo anterior tendría que ser objeto de un análisis más profundo, junto con los elementos con los que cuenta cada docente formador para desarrollar el programa que se le impone para trabajar con los estudiantes. Tendría que dar más relevancia al trabajo de academia, para fortalecer de manera transdisciplinaria el trabajo académico. Hoy en día las escuelas normales deben fortalecer la línea académica que propone la institución, y que los integrantes de las academias incidan desde el plan de estudios, visualizando y logrando propósitos, direccionando el desempeño y la interacción para fortalecer en los estudiantes su vocación y su identidad profesional a partir

del trato y la proyección que cada docente formador tiene de sí mismo, pero teniendo en cuenta que “las palabras ilustran, pero el ejemplo arrastra”

Por su parte, Vaillant y Marcelo (2000) analizan, entre otros puntos, el papel del formador en la formación inicial de los profesores en un estudio de caso realizado en Uruguay, y el de los formadores en la formación permanente de profesores en Andalucía (Vaillant 2000, 2001); entre sus conclusiones destaca que los programas de formación docente no dan los resultados esperados debido a la inadecuada formación de los formadores.

La realidad impacta en las escuelas normales, pues hoy en día la mayor parte de los docentes formadores no fueron formados en una institución normalista. Esto es una gran ventaja para la formación de estudiantes porque se hace presente la multidisciplinariedad de saberes y experiencias que confluyen en el fortalecimiento de conocimientos para trabajar los programas que obedecen a una malla curricular, pero también representa un riesgo cuando se desconoce el compromiso y no hay voluntad para involucrarse en el proceso formativo, lo cual es evidente en el desconocimiento de los programas, pues se recurre a la improvisación en todo momento, actuando mediante el deber ser: “Lo tengo que hacer, así me dijeron, no sé nada pero aquí estoy”, lo cual resta importancia a la interacción con los estudiantes.

Es muy común que cuando un docente actúa mediante el deber ser, busca pretextos para no atender a su grupo, le cuesta realizar un plan de trabajo, no tiene interés por trabajar con los estudiantes, busca a toda costa tener comisiones. Quizá su mayor estrategia de trabajo es repartir temas y hacer que el grupo trabaje solo, porque no le importa realizar el acompañamiento y mucho menos disipar dudas y/o fortalecer los contenidos. Lo más incongruente de todo es que no se despierta el interés en los estudiantes con base en generar análisis crítico y discusiones, ni con los trabajos y/o lecturas encomendadas. No obstante, al final del semestre, en el caso de las escuelas normales, existe una alta reprobación, cuando no fueron claros los criterios de evaluación y mucho menos hubo un trabajo de seguimiento sistemático de los estudiantes. Por el contrario, a veces la aprobación se produce con la máxima calificación. De ese modo también se propicia una imagen profesional equivocada de los estudiantes.

Dando continuidad a la organización escolar, cabe resaltar la importancia del liderazgo de quien representa a la institución educativa, un liderazgo sustentado en la confianza para delegar funciones, cimentando el trabajo colaborativo, con el reconocimiento al desempeño de las funciones docentes, siendo el común denominador la comunicación fluida y transparente entre los integrantes del equipo de trabajo y el reconocimiento de que todos son un equipo y parte importante para generar resultados donde los beneficiarios son los estudiantes. No se habla de una panacea, pero todo es posible en un proceso formativo, hasta lo que impacta en el desempeño de los docentes en formación en las escuelas de práctica, donde existen comentarios positivos o negativos de los practicantes de la escuela normal.

Otro aspecto importante en la formación y la identidad profesional de los estudiantes de escuelas normales son los escenarios donde realizan sus actividades de acercamiento a la práctica en condiciones reales de trabajo docente, práctica profesional consideradas como la columna vertebral de la formación docente, que proporciona la posibilidad de que el docente en formación pueda crear e innovar en las relaciones y en el proceso educativo formas de trabajo que reditúen vivencias y experiencias para ser reflexionadas con la finalidad de mejorar el quehacer docente.

En el Plan de Estudios 2022 se puntualiza que la formación docente comprende en sí misma alternativas pedagógicas que se configuran a pesar de los aprendizajes institucionalizados, pero en intención con otros y otras, por lo que las estrategias didácticas a implementar se ubican en el enfoque centrado en el aprendizaje en interdependencia con la comunidad. Lo cotidiano y la práctica docente normalista se despliegan simultáneamente al transversalizar la diversidad cognitiva y sus múltiples rostros socioculturales presentes en cada grupo normalista, potenciando nuevos aprendizajes y con ello nuevas maneras de saber, saber hacer y ser, conformando nuevas relaciones interculturales basadas en el respeto a la dignidad humana, la igualdad sustantiva, la inclusión y la conformación de un pensamiento crítico y reflexivo. (SEP, Anexo 18, p. 5)

Lo anterior no alude a un proceso de formación mediante el cual al estudiante se le proporcione todo. Más bien se pretende que los docentes seamos facilitadores del conocimiento y que propiciemos la reflexión y la autocrítica. Parafraseando a Honoré, se sugiere que la identidad docen-

te se articule a partir de tres ejes principales: el saber, el poder y el querer, que interactúan para configurar la manera en que el docente entiende y ejerce su profesión: el conocimiento, la voluntad y el compromiso para la loable tarea de enseñar.

Entonces, ¿qué importancia tienen las escuelas de práctica en la formación docente y en la identidad profesional?

Los docentes en formación hacen evidentes sus conocimientos y sus habilidades en las escuelas de práctica. Regularmente llegan con su mejor actitud, esperando que los directivos los reciban y los incluyan en las actividades, pero, sobre todo, que los presenten con el personal académico, administrativo y de intendencia, así como con los grupos. Quizá eso es esperar demasiado, pues pocas escuelas hacen lo propio y los directores delegan a la subdirectora académica o a algún orientador que los instalen y los presenten. Eso se justifica por la dinámica de la institución y el trabajo de los directores. Pero resulta que al siguiente día en algunas escuelas los alumnos se vuelven invisibles; es decir, no los incluyen y hasta los ignoran. Aclaro que esto no pasa en todas las escuelas donde practican nuestros estudiantes, pues existen directores dispuestos que en verdad contribuyen de manera profesional a la integración de los nuevos docentes aunque para otros implica recibirlos en contra de su voluntad.

Como pasó en la escuela secundaria de un municipio cercano: se enviaron cuatro docentes en formación. El día que se presentaron los estudiantes normalistas, acompañados por un docente, representante de la escuela normal, el director no los recibió porque tenía otras actividades más importantes que atender. Entonces le pidieron a una orientadora que los recibiera y que les mostrara dónde podían permanecer durante su estancia. Les asignaron la sala donde los docentes se reúnen durante los recesos o cuando no tienen clase. Al siguiente día, una de las docentes de la escuela secundaria, les pidió a los practicantes que se retiraran de la sala, porque no eran docentes. Les dijo que se fueran a la cafetería. Otro incidente ocurrió cuando el docente titular restó autoridad a la practicante, diciéndole frente al grupo de estudiantes que ella no debía callarlos ni llamarles la atención, pues aún no era docente. Hasta el personal de intendencia los ignoraba, pues había recibido la indicación de que todo lo que necesitaran primero debían solicitarlo a la orientadora que los había recibido.

La situación se volvió tan difícil que cuando llegaron los docentes de la escuela normal a observar la práctica, los practicantes deambulaban de un lado para otro, porque había momentos en que no podían estar en la cafetería. Platicaron con el director quien dijo que todo estaba bien y que no tenía comentarios al respecto. Después de que se retiraron las docentes de la escuela normal, les llamaron la atención a los docentes en formación; los pusieron a trabajar en un pasillo cerca de la dirección: les pedían que entregaran documentos personales a los docentes, quienes les respondían de manera inadecuada. De la misma forma, les pedían realizar trabajos solicitados por la supervisión, impidiendo que entraran a sus clases con los grupos correspondientes. En una ocasión los pusieron a pintar la cancha de basquetbol. Dicha situación fue mejorando en la medida en que el docente de la escuela normal permaneció más tiempo con los practicantes. Afortunadamente, poco a poco mejoró la actitud del director y de la subdirectora académica. Así lo hicieron saber los alumnos normalistas.

Es lamentable que ocurran estas situaciones, porque de todos modos nuestros estudiantes aprenden y valoran, aunque no logran concretar su identidad profesional. El acompañamiento por parte del docente titular de la escuela de práctica se ve rebasado por la indiferencia y son cuestionadas las actitudes profesionales y personales, pero finalmente, se dijo: “de todo se aprende”.

Elegir escuelas de práctica no es nada sencillo. La escuela normal es responsable de los resultados obtenidos. Sería conveniente revisar criterios de selección de escuelas, especificar que nuestros estudiantes deben ser incluidos en actividades que les reditúen conocimientos para su formación, pero lo medular del caso es que haya voluntad para que directivos y docentes titulares de grupos de educación básica incidan en el proceso formativo, garantizando su acompañamiento; porque de eso depende que el estudiante normalista desarrolle y/o fortalezca su identidad para la docencia, desde luego, haciendo equipo en todo momento con los docentes responsables de la escuela normal, pues lo deseable es que haya comunicación fluida entre escuela normal y escuela de práctica, de manera que se lleve a cabo un acompañamiento al docente en formación con base en el enfoque humanista, en un contexto de actitudes profesionales y atendiendo a la normatividad vigente; tener en cuenta que los docentes formadores pasan a ser

fuentes de inspiración para que el estudiante normalista quiera ser un buen docente o, en el peor de los casos, deserte a las primeras de cambio.

Es lamentable que un docente en formación concluya sus estudios sin tener el gusto, la voluntad y el amor por la docencia. Recordemos la cantidad de situaciones legales que se enfrentan en el ámbito educativo por falta de profesionalismo e identidad de los docentes formadores en los diferentes niveles: acoso, abusos, *bullying*, violaciones, entre otras de las que cada quien puede tener referencias.

Entonces es necesario el trabajo colaborativo entre docentes de escuela normal y docentes de escuelas de práctica y fortalecer las relaciones de trabajo con base en la corresponsabilidad. No hay que olvidar que la identidad profesional es producto de factores externos: sociales, económicos, personales y profesionales que se vislumbran desde la orientación formativa, el tipo de acompañamiento de las instituciones donde estudian y se forman los docentes y los ámbitos cultural, ambiental y social en los que se relacionan con otras personas en ambientes diferentes.

Es decir, la identidad surge en cada cultura, en cada contexto, y se configura en la formación docente, en el marco disciplinario, con los conocimientos fragmentados como hasta hoy se desarrollan, con base en el plan de estudios en la escuela normal, teniendo un desafío latente, esto es, la transdisciplinariedad, que se centra en demostrar resultados, omitiendo procesos, de manera que el docente se enfrente a la tarea de despertar conciencias con base en un pensamiento crítico que contribuya a transformar los entornos en beneficio del bien común.

El último aspecto, que se explica a continuación, es el análisis y la reflexión de las prácticas. Hay que retomar y fortalecer los espacios al término de cada jornada, escuchar atentamente a cada docente en formación, para saber de qué manera ha fortalecido su identidad profesional a partir de las experiencias vividas en la escuela donde llevó a cabo sus prácticas profesionales, reiterando que éstas son un componente clave en la construcción de la identidad, ya que permiten al docente poner en juego lo aprendido en el aula. Para Honoré, este es un momento crucial en el que el futuro docente confronta sus expectativas con la realidad del aula, pues se enfrenta a situaciones que ponen a prueba su capacidad de adaptación y su comprensión de lo que implica ser un profesional de la educación.

El enfoque reflexivo permite pensar la formación de profesores desde aspectos que superen los contenidos y los métodos pedagógicos, dando lugar a la consideración de los valores, actitudes y emociones del profesor, el desarrollo de su identidad profesional, la toma de decisiones, el análisis de los dilemas éticos y la examinación de los propios puntos de vista (Janssen, De Hullu y Tigelaar, 2008; Jiménez, 2012; Schön, 1983; Sellars, 2012).

Realizar el análisis de la práctica implica que cada docente en formación haya elaborado su informe de las actividades realizadas en la escuela y dar un espacio a cada escuela para que los estudiantes compartan sus vivencias. Aunque así lo han hecho, es importante realizar un comparativo de las diferentes escuelas de práctica, detallando el acompañamiento que realizan los docentes titulares, la manera como son incluidos en las diversas actividades, las actitudes del personal académico y los motivos que hubo para interactuar con los integrantes de la población escolar. También es importante hacer evidentes los registros de sus diarios y sus planificaciones y la manera como fueron revisados y ejecutados en el grupo. Pero lo más importante es que en cada informe expresen su gusto por la docencia, su encanto o su desencanto, así como de qué manera pueden reconfigurar su imagen profesional, saber que se sienten identificados con los docentes y reconocer que ante los estudiantes de su escuela de práctica, son unos de ellos. Asimismo, deben saber cómo se visualizan en la siguiente jornada y qué les falta por hacer para mejorar su quehacer docente.

Para Sutherland et al. (2010), la identidad profesional docente proviene de la posición de la persona dentro de la sociedad, la interacción con los demás y la interpretación de sus experiencias. Comienza por la autopercepción de ser maestro y continúa con tratar de ser visto por otros como tal. Así, las creencias y conceptos de “buen maestro” se derivan de sus teorías implícitas y se reconfiguran en la práctica a través de procesos de reflexión (p. 123).

Por otro lado, hay elementos para que el docente en formación crea que no debe permanecer en la escuela de práctica, es momento de hacerle sentir apoyo y acompañamiento académico y profesional. Independientemente de las causas o los motivos, es momento de hacer conciencia, con base en un pensamiento crítico, para que el estudiante opte por la mejor decisión para seguir formándose con identidad profesional.

Conclusión

La formación docente, tanto inicial como continua, es esencial para la construcción de una identidad profesional sólida y adaptable, capaz de responder a los retos de un sistema educativo en constante cambio. En el marco de la Nueva Escuela Mexicana y la educación superior, esta identidad debe estar alineada con los principios de equidad, inclusión, diversidad y democracia que sustentan el nuevo modelo educativo.

Formar docentes implica fortalecer las habilidades de investigación, de reflexión y de pensamiento crítico, dicho sea de paso, con un corte humanista.

La Nueva Escuela Mexicana subraya la importancia de que los docentes tengan una identidad profesional coherente con los valores promovidos por este nuevo modelo. Estos valores incluyen el compromiso con la comunidad, el respeto a la diversidad lingüística y cultural y el fomento de una ciudadanía democrática, por lo que los docentes deben ser capaces de integrar estos principios en su práctica diaria, lo cual requiere una identidad profesional flexible y adaptativa.

En el contexto de la educación superior, las instituciones formadoras de docentes tienen la responsabilidad de proporcionar las herramientas necesarias para que los futuros maestros desarrollen una conciencia crítica y una identidad que les permita desempeñar su rol con compromiso y autonomía.

Los docentes en formación de escuelas normales comienzan su proceso formativo cuando ingresan a la institución, asumen el compromiso de respetar la normatividad e inician un proceso académico, guiado por un plan de estudios.

El principal factor para lograr lo anterior es la comunicación fluida entre directivos y docentes, así como con las demás personas que realizan una función en el interior de la escuela.

La identidad profesional del docente es uno de los pilares fundamentales de la nueva estrategia educativa, ya que se reconoce que el docente desempeña un papel clave en la transformación de las prácticas educativas y en la promoción de valores éticos, democráticos y pluriculturales.

Es fundamental que los programas de formación docente incluyan espacios de reflexión sobre la propia práctica, donde los estudiantes puedan cuestionar sus creencias, analizar los dilemas éticos que enfrentarán y consolidar su identidad profesional.

El formador de docentes debe fomentar una actitud reflexiva que permita a los docentes en formación cuestionar sus prácticas y sus valores, ajustándolos a las demandas del entorno.

La escuela normal es responsable de los resultados obtenidos. Sería conveniente revisar criterios de selección de escuelas, especificar que nuestros estudiantes deben ser incluidos en actividades que les reditúen conocimientos para su formación, pero lo más importante es que haya voluntad para que directivos y docentes titulares de grupos de educación básica apoyen a los docentes en formación.

Para que los docentes puedan desempeñar su rol de manera eficaz y ética es necesario que cuenten con una identidad profesional crítica que les permita no sólo adaptarse a las exigencias institucionales, sino también cuestionarlas cuando sea necesario. Únicamente así podrán ser agentes de transformación y promotores de una educación que responda a las necesidades de una sociedad diversa y compleja.

Referencias

- Costa, J. (1993). *Identidad corporativa*. Trillas.
- Domingo, A. (2013). *Práctica reflexiva para docentes. De la reflexión ocasional a la reflexión metodológica*. OmniSriptum.
- Honoré, Bernard (1980). *Para una teoría de la formación*. Narcea.
- Navarrete-Cazales (2015). "Otra vez la identidad", un concepto necesario pero imposible. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 20(65), 461-479.
- Nicastro, S., y Greco, M. (2012). *Entre trayectorias. Escenas y pensamientos en espacios de formación*. Homo Sapiens.
- Osorio, J. (2015). El Sistema Mundo de Wallerstein y su transformación. Una lectura crítica. *Argumentos*, 28(77).
- Rinaudo y Paoloni (2021). *Identidad docente, un enfoque desde las narrativas de vida*. Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Sellars, M. (2012). Teachers and Change: The Role of Reflective Practice. *Procedia - Social and Behavioral Sciences*, 55, 461-469. <https://doi.org/10.1016/j.sbspro.2012.09.525>

- Secretaría de Educación Pública (SEP). (s. f.). Plan de Estudios de Educación Secundaria. Anexo 18, p. 5.
- Sutherland, L., Howard, S., y Markauskaite, L. (2010). Professional identity creation: Examining the development of beginning teachers' understanding of their work as teachers. *Asia-Pacific Journal of Teacher Education*, 38(4), 311-324.
- Venegas C. y Fuentealba A. (2019). Identidad profesional docente, reflexión y práctica pedagógica: Consideraciones claves para la formación de profesores. *Perspectiva Educacional*, 58(1). <https://doi.org/10.4151/07189729-Vol.58-Iss.1-Art.780>
- Vaillant, D., y Marcelo, C. (2000). *¿Quién educará a los educadores? Teoría y práctica de la formación de formadores*. ANEP / AECI / OPP. http://cecap.anep.edu.uy/infobiblos/asilo_quiened.html
- Vaillant, D., y Marcelo, C. (2007). Identidad docente. I Congreso Internacional "Nuevas tendencias en la formación permanente de docentes". GTD-PREAL-ORT.
- Zaitegi, N. (2019). Educación para la convivencia y Resolución de Conflictos. Aprendemos juntos 2030. <https://www.bbvaaprendemosjuntos.com/es>

Agradecimientos

Agradezco a los estudiantes de la licenciatura en Enseñanza y Aprendizaje de la Formación Ética y Ciudadana, de la ENST, por su colaboración con los informes correspondientes a las jornadas de práctica, ciclo escolar 2022-2023: Edwin Valentín Flores Cruz, Eduardo Palma Castañeda, Lizeth Luna Delgado, Sayuri Covarrubias Alpizar, Abril García César, Tonantzin Téllez Ruíz, y José Ángel Velázquez García.

